

de Miguel, viendo que Matilde se disponia á marchar, se ofreció acompañarla á su casa; pero presentándole á la vez Miguel su brazo, admitió el favor de este último, dando las gracias á Rossi y ofreciéndole su casa.

Rossi se mordió los labios al creerse desairado, pero disimuló su disgusto con la sonrisa en los labios, aunque resuelto á vencer en aquella lucha amorosa, por cuantos medios estuviesen á su alcance, al rival que se presentaba en su camino como un obstáculo á la realizacion de todos sus deseos.

Miguel se consideró, con la preferencia que le habia dado Matilde, el mas feliz de los hombres, y resolvió olvidar, con la seductora actriz, la memoria de Luisa.

Al llegar á la casa en que la actriz vivia, tocó Miguel la puerta que abrió al instante un portero: la jóven le dió las gracias por la galantería que habia usado acompañándola; le ofreció su casa, y Miguel se despidió ofreciendo visitarla al dia siguiente.

CAPITULO V.

¡Un aviso.

En tanto que Miguel, buscando un lenitivo á la pena que la causaba la indiferencia de Luisa, pasaba los dias al lado de la hermosa actriz, solo porque á ella se parecia; los españoles, radicados en México, recibian el último golpe que la infausta suerte les tenia reservado hacia mucho tiempo.

Este golpe fué la orden definitiva de expulsion, dada en 20 de Marzo de 1829, para que salieran de la República, sin detenerse mas que el tiempo indispensable para llegar á Veracruz, punto en que debian embarcarse.

Eta terrible ley, que fué uno de los últi-

mos actos del gobierno de Victoria, se publicó casi al mismo tiempo que la cámara de diputados, declarando insubsistente la elección de Pedraza, nombró presidente de la República al general Guerrero, y vicepresidente á D. Anastasio Bustamante.

D. Andrés y la hermosa Pilar recibieron aquella noticia, mudos de espanto y de terror: á ella le habian separado de su amante el dia mismo que debia unirse á él; y el verse obligada á alejarse del que era su amor, sin tener siquiera el gusto de despedirse, por haberle desterrado el gobierno á un pueblecito de indios, sintió oprimido el corazón de una pena difícil de explicar: á D. Andrés le faltaba su hijo Carlos, cuyo paradero ignoraba, y las tristes reflexiones que le sugería su desaparición, unidas á la pobreza á que le habian reducido los terribles sucesos del Parian, le tenían anonadado. El pobre anciano que hasta entonces se habia salvado de todas las órdenes dictadas contra españoles, merced á los empeños de su buen hijo, se encontraba entonces sin su apoyo, y no se atrevía á suplicar á nadie

que intercediese por él, temiendo comprometerle. En aquella época de efervescencia política, en que los partidos, guiados de un patriotismo sincero, se hacían una guerra á muerte, el que favorecía á un español era mirado por el gobierno como enemigo de la República. La noticia de la flota española y de los aprestos que en la Habana se hacían en aquel instante para invadir el territorio mexicano, irritaron mas y mas los ánimos, y fué causa de que se despertaran los enconos entre los ciudadanos de dos naciones que, por su religion, su idioma, sus costumbres y los lazos de familia, deben vivir como inseparables hermanas.

Como el decreto de expulsión total se publicó, según llevamos dicho, casi al mismo tiempo que la presidencia de Guerrero, las hijas y las esposas de infinitos españoles presentaron de rodillas al nuevo presidente una tierna exposición, manifestando a espantosa miseria á que iban á quedar reducidas mil y mil inocentes familias. Guerrero, conmovido por este espectáculo, prometió hacer de su parte cuanto á su alcance

estuviera, y pasó la expresada exposicion al congreso, manifestando lo complacido que quedaria en enjugar las lágrimas de tantos desgraciados. Al ventilarse en la cámara de diputados un asunto del cual dependia la suerte de innumerables familias, las tribunas destinadas al pueblo, se veian cubiertas de inconsolables mujeres, rodeadas de sus pequeños hijos, cuyo llanto y gemidos, sofocaban con frecuencia la voz de los oradores que tomaban la palabra ya en pro, ya en contra de la funesta ley. Pero todo fué inútil; despues de acalorados debates quedó el triunfo por los autores del decreto, y no se admitió otra excepcion que la imposibilidad física, manifestada por dos facultativos de entera confianza para el gobierno.

Al tocar la realidad de su desgracia, desoladas madres corrian con sus tiernos hijos ante los magistrados, para rogar á sus plantas que no expulsaran á sus esposos del país que habian adoptado como propio, pues no solo á ellos, sino tambien á sus familias que precisamente les habian de se-

guir, les privaban de la dulzura, de la quietud y de la tranquilidad. Pero aunque el corazon naturalmente sensible de los mexicanos se interesase por aquellos desgraciados séres, el deber de la patria, cuya seguridad creian comprometida y amenazada por una expedicion española, les obligaba á mantenerse inflexibles, y á llevar á cabo una determinacion que consideraban indispensable á la salud del Estado.

Sin embargo, la voz de algunas personas influyentes que trataban de desarmar la ira de las masas populares, seducidas por las lógiyas de York, se hizo escuchar, y ya el horizonte político, con respecto á la expulsion, empezaba á despejarse, cuando vino á oscurecerlo completamente, la noticia de los aprestos que se hacian en la Habana para invadir la República. ¿Quién era capaz de contener entonces al pueblo? Nadie: el grito de mueran los *gachupines* dado en las lógiyas yorkinas, resonó en las montañas y en las ciudades; y el gobierno, viendo comprometidas las vidas de los españoles radicados en el país, publicó una ley para

que salieran de él, creyendo que así los ponía á salvo de la muerte.

Desde el momento en que se publicó el decreto de expulsion, D. Andrés cobró algunas cantidades que le debían, vendió las alhajas y cubiertos de plata, restos de su antigua opulencia, ajustó el coche que les debía conducir á Veracruz, y esperó con religiosa resignacion el dia dispuesto para su marcha.

Era la noche víspera de su partida: el cielo estaba oscuro como el porvenir del hombre; las ramas de los árboles que circundaban la modesta mansion de Buenavista, murmuraban tristemente, mecidas por el viento, como si tratasen de manifestar el sentimiento que les causaba la partida de sus honrados moradores: Pilar y D. Andrés se encontraban en la misma sala en que, pocos dias antes, se dispusieron los esponsales que debían unir á dos jóvenes que se amaban con la pasion mas férvida. ¡Cuánto ha cambiado la escena! Entonces todo era esperanza, todo alegría, todo proyectos de

ventura: ahora todo desengaño, todo tristeza, todo amargo porvenir.

Una vela de sebo, colocada en una palmatoria de laton, enviaba su agonizante luz sobre dos sillas y un humilde canapé de junco, únicos muebles que se encontraban en la casa; las puertas de los balcones y de los cuartos, estaban despojados de sus cortinas; y en vez de la mesita circular que antes ocupaba el centro de la sala, se veía un baúl lleno de ropa, sobre el cual descansaba la palmatoria que alumbraba la desmantelada estancia.

Pilar y D. Andrés estaban sentados en el canapé: en el rostro de ambos estaba impresa la mas profunda amargura, y en sus ojos, velados por la tristeza y el dolor, brillaban sin cesar dos lágrimas que ocupan el lugar de las que descendian por sus semblantes, para cedérselo, en el acto, á otras y otras que brotaban del corazon.

—¡Hija mia!—dijo el anciano rompiendo el silencio, y estrechando en sus manos la helada de Pilar:—tienes razon de estar tris-

te; yo, qué debia consolarte, soy el primero en atormentarte con mis sollozos.

—Nada de eso, padre mio: el llanto es el consuelo de los desgraciados, y yo no puedo exigir que renuncie vd. al único bien que minora las penas del corazon.

—¿Y cómo no he de llorar? Mañana vamos á dejar para siempre el suelo en que reposa tu buena madre. ¡Trabajos y miserias te esperan, hija mia, en un país en que ya no conozco á nadie!.... ¡Triste suerte la tuya!.... ¡Tú que has vivido siempre en la abundancia!....

—No se aflija vd., padre mio, no se aflija vd.... Yo no ambiciono mas bienes de fortuna, que verle á vd. contento, tranquilo.

—¡Contento!.... ¡tranquilo!.... ¡eso es imposible mientras no sepa qué ha sido de mi hijo, de mi querido Cárlos!....

Pilar se conmovió al escuchar el nombre de su hermano; su corazon se cubrió de letal melancolía al pensar en que iba á partir sin él, sin verle, sin darle el último adios, sin estrecharle contra su amante pecho.

—Partir dejándole!....—exclamó Pilar

sin ser dueña de moderar su dolor ni sus sollozos.—Padre mio, es preciso que hagamos el último esfuerzo para alcanzar que se retarde nuestra salida, siquiera hasta encontrarle, hasta saber dónde se halla.

—Pero ¿de qué manera?

—Corramos los dos á ver á los ministros ahora mismo: pintémosles nuestra amarga situacion, y estoy segura de que, al ver nuestras lágrimas, el dolor de una hija inconsolable y la desesperacion de un padre, se interesarán por nosotros, y nos concederán lo que nuestra justa súplica les pide.

—No lo creas, hija mia.

—¿Y qué perdemos con probarlo?

—Nada, ciertamente.

—¿Accede vd?

—Sí, hermosa Pilar; demos el último paso: no quiero que me quede el remordimiento de haber dejado de hacer nada por encontrar á mi querido Cárlos.

—Y le encontraremos, estoy segura de ello, me lo anuncia el corazon.

—Ademas, si conseguimos que el gobierno nos conceda algunos dias mas de per-

manencia, podrá tu inolvidable D. Antonio, el hombre de quien debias ser esposa, y de cuyos brazos te arrancaron el día mismo en que se iban á celebrar tus esponsales, podrá, repito, probar su inocencia, y marchar en nuestra compañía á España, donde te unirás á él inmediatamente.

En los ojos de Pilar brilló el amor y la esperanza.

—¡Ah!... sí, padre mio; desterrado en ese humilde pueblo de indios, de donde no le permiten salir, no tiene otro consuelo que las cartas que le escribo, y moriría de pena al saber nuestra partida.

—Eso no, porque ya está de acuerdo en marchar á Madrid en cuanto le alcen su destierro, si ántes nos hemos visto obligados á abandonar el país.

—Pero ¡cuánto sufriria él y sufriria yo, padre mio, en esta ausencia!

—Lo sé, hija mia, lo sé, y yo estoy obligado á hacer cuanto esté de mi parte para ahorrarte ese dolor.

—¡Cuán bueno es vd., amado padre!

—¡Y qué padre no lo es con sus hijos!

Salgamos, Pilar: dejaremos cerrada la casa, puesto que hemos despedido á todos los criados.

—Sí, salgamos: y quiera Dios que el coche que ha de venir al rayar el día de mañana para conducirnos á Veracruz, no tenga necesidad de sentir nuestro peso.

Al concluir estas palabras, D. Andrés y Pilar se dispusieron á salir.

Tres golpes que á la puerta dieron, les hizo suspender su marcha.

—¿Quién llama?

Preguntó D. Andrés desde un extremo de la sala á que se habia dirigido para tomar su sombrero.

—Una persona desconocida para vd., pero que es portadora de buenas noticias.

Contestó una voz desde afuera.

A la palabra *buenas noticias*, el semblante del padre y de la hija reflejaron la alegría mas intensa del alma: el anciano cruzó de un salto la sala, abrió la puerta, y vió entrar por ella un hombre del bajo pueblo.

—¡Vaya vd. á salvar á su hijo inmediatamente!

Dijo con afan y misterio, en cuanto entró en la pieza.

—¡A mi hijo!

—¡A mi hermano!

Exclamaron llenos de gozo y de asombro Pilar y D. Andrés.

—Sí señor: una casualidad me ha conducido al sitio en que le tiene preso, segun él me ha dicho, un malvado.

—¿El nombre de ese malvado?

Preguntó con ansia el anciano.

—Rossi, segun me ha dicho su hijo de vd.

—¡Ah! . . . Lo sospechaba. Pero ¿cómo ha podido vd. verse con mi Cárlos en la prision en que le tiene mi mortal enemigo?

—Por una de esas circunstancias providenciales que echan por tierra los planes de los malvados.

—Hable vd., hable vd.

—Es que estamos perdiendo unos momentos preciosos:—dijo el hombre impaciente por la tardanza:—su hijo de vd. D. Cárlos, me ha dicho que vuela vd. al instan-

te á su lado; y mientras nos dirigimos á toda prisa á salvarle, le contaré á vd. en el camino todo lo que sé.

—Salgamos sin perder tiempo.

Dijo D. Andrés.

—No tarde vd., padre mio:—exclamó Pilar con voz suplicante.—Ya sabe vd. que quedo sola en casa, y que estaré llena de miedo hasta que vuelva vd.

—Si, volveré pronto—contestó el anciano besando en la frente á su hija:—¡adios! dentro de un instante estaré aquí con tu amado Cárlos.

Y D. Andrés, trasportado de gozo, salió tras el desconocido, dirijiendo á su hija una de esas miradas que expresan todo el cariño que encierra el corazon de un padre.

Preocupado con la agradable idea de ver á Cárlos, partió á la calle, sin acordarse de cerrar la puerta que quedó abierta de par en par.

Pilar que, participando del mismo placer que su padre, no habia fijado tampoco su atencion en aquel descuido, se sentó en el canapé á esperar la llegada de su hermano.

Ocupada su imaginacion en mil risueños proyectos para el porvenir, no pensó en otra cosa que en la felicidad que le esperaba. Tras el encuentro de Carlos pensó que llegaria la libertad de D. Antonio, y su corazon experimentó esa superabundancia de ventura que vierte en el alma la seguridad de un bien que se espéra.

Pero como los goces mentales, así como los materiales, solo nos halagan un instante, para hacernos sentir despues con mas fuerza la amargura que traen consigo las desdichas y los funestos pensamientos, á las ideas de una gloria sin término, sucedieron otras de luto y sangre.

Pilar, que al principio habia experimentado ese indecible placer que siente el alma al escuchar una nueva tan grata como inesperada, quedó de repente triste y pensativa, sin saber qué juicio formar de aquel hombre que acababa de salir con su anciano padre.

Un pensamiento terrible cruzó por su imaginacion, que la llenó de espanto.

—¿Es un amigo—dijo para sí—ó un mal-

vado que se ha valido de un pretexto para separarme de mi padre y dejarme expuesta á la venganza de Rossi?

Y Pilar se estremeció haciendo crugir el débil canapé en que estaba sentada.

Esta espantosa idea fué cobrando por momentos, formas colosales que la hicieron estremecer.

—¡Cuánto tarda en volver!...—dijo cuando apenas habian pasado cinco minutos: tal era el pavor que le causaba aquella soledad.—¡La noche está tan oscura!...—Y se quedó callada, porque tenia miedo aun de sus mismas palabras.—¡Oigo pasos!... ¡será mi padre? ¡Dios lo quiera!...

Pero los pasos cesaron, sin que aquel se presentase, y Pilar volvió á temblar.

—¡Y está la puerta abierta!...

Prosiguió Pilar mirando hácia la puerta que tenia enfrente, sin atreverse á cerrarla; porque el terror pánico que se habia apoderado de ella, le impedia moverse del sitio que ocupaba.

De repente oyó que un coche paró en la calle.

— Ahí llega.

Exclamó con alegría. Poco despues oyó pasos en el corredor; pero cesaron de repente sin que nadie apareciera.

Pilar sintió correr por su cuerpo un frio mortal, y no se atrevia á preguntar quién era el que aquellos pasos daba. Trémula de terror, fijó los ojos en la puerta que, como hemos dicho, estaba abierta, procurando contener la respiracion, pero nada veia.

Sin embargo, el ruido casi imperceptible de las pisadas de algunas personas que se acercaban con sigilo, creia distinguir á cada instante, aumentando su temor.

La jóven estaba pálida como la muerte y sin fuerzas. Al cabo de algunos instantes vió distintamente entre las sombras del corredor, los bultos de algunos hombres que caminaban sobre las puntas de los piés, con direccion á la pieza en que ella estaba.

Pilar se estremeció. A medida que los bultos se aproximaban, su terror y debilidad se aumentaban tambien. De repente los vió entrar en la pieza en que estaba: dió un grito espantoso, y cayó en tierra sin sen-

tido. Los hombres se arrojaron entonces sobre ella, y agarrándola entre los brazos, la sacaron de allí, y la metieron en el coche que en la calle les esperaba.

— ¡Por dónde vamos, señor Rossi?

Preguntó uno de los que habian sacado á Pilar, dirijiéndose á un hombre que los esperaba dentro del carruaje.

— Al callejon de Cuajomulco, número....

Respondió Rossi, nombrandó en voz baja el número.

El coche partió al instante, y poco despues la calle quedó sola y en mayor silencio.